

## Vueltas y revueltas

Diamela Eltit

**Mi** percepción acerca de ciertas aristas del gobierno de Michelle Bachelet no se funda en un análisis —digamos— científico. Sólo pretendo en este espacio transitar algunos signos culturales, pensar en esos signos, dudar ante esos signos.

A mi juicio, Michelle Bachelet se ha transformado en un referente internacional para los movimientos de mujeres, pero también ha sido destacada su experiencia política concreta —su historia biográfica— en relación con la memoria traumática de parte de Latinoamérica.

No sólo se trata de una mujer presidenta, la primera en Chile, quizás la más connotada en la historia de Latinoamérica, sino además —así lo han señalado de manera recurrente las voces especializadas— es considerada como una persona capaz de superar las adversidades: la muerte del padre como consecuencia de las torturas recibidas de manos de sus propios compañeros de armas; la prisión y la tortura a que fue sometida Michelle Bachelet junto a su madre en campos clandestinos de la dictadura y la experiencia del exilio.

Desde otro lugar, las mujeres chilenas (que de manera inédita votaron masivamente por una mujer socialista) se han identificado con Bachelet: separada, jefa de hogar, una mujer “sola” que pudo sortear los dilemas amorosos y familiares y “salir adelante en la vida”, primero como médica y luego encabezando importantes ministerios. Desde ese lugar, Bachelet encarna a la perfección a la hija de la revolución cultural de los sesenta del siglo XX: la mujer moderna que buscó “ser” en el interior del espacio social, y a quien ese “ser” si bien le ocasionó costos, también le permitió el ingreso radical a los estamentos más importantes de poder.

Sin negar ninguna de las características que se le adjudican, pienso, sin embargo (y sorteando la novela rosa política), que Bachelet es una mujer

disciplinada según lo entiende Foucault, modelada por el racionalismo y capaz de transitar el sobresalto de los poderes, conservando estratégicamente el más absoluto respeto por las jerarquías. Y eso ha sido posible porque Michelle Bachelet conoció (porque coincidió) muy bien el espacio más estratégico en el que se cristaliza el arco del poder más duro: las estructuras militares. Como hija de un general de aviación, su infancia y primera juventud estuvieron directa e indirectamente asociadas a horarios, reglamentos, escalafones, ascensos y adaptaciones a cambios territoriales (las asignaciones de su padre no sólo la trasladaron en el interior de Chile, sino también a Estados Unidos, donde realizó parte de sus estudios básicos). De esa manera y desde ese lugar, Bachelet organizó lo que podría definirse como su primera rebeldía: el formar parte de la familia militar y sin renegar de sus lazos afectivos —la estrecha relación con sus padres— construir una posición en el otro frente, allí donde estallaba la crisis ante la estructura de las fuerzas armadas. Pero —y esto es lo que quiero señalar— eso fue posible desde un saber, porque en ese momento Bachelet iba a ingresar en un espacio también absolutamente masculino: la disciplina orgánica de la militancia y la pertenencia a los vaivenes de la política contingente. Un espacio que no habría sido tan “exitoso” —es una conjetura—, si no hubiera estado precedido por la sabiduría estratificada que le otorgó el texto y contexto familiar.

Por otra parte, Bachelet estudió medicina, una carrera que tradicionalmente fue patrimonio de lo masculino y allí, en una primera instancia, quiso formarse como psiquiatra y luego derivó en su especialización como pediatra. Mientras estuvo exiliada en Alemania Oriental (sitio primordial de la experimentación y experiencia comunistas) siguió construyendo una ruta que no habría sido posible sino mediante la observación estricta de las órdenes y de los órdenes, refugiándose en la disciplina más absoluta.

Más tarde, durante el gobierno de Ricardo Lagos, ella se hizo cargo del Ministerio de Salud en el marco de una inédita y hasta insólita “amenaza” presidencial, cuando el presidente de la República le dijo públicamente y en tono autoritario que tenía tres meses para terminar las colas en los consultorios médicos que atendían a la población más carente del país.

Bachelet se volcó a encontrar mecanismos que permitieran ofrecer una atención mejor organizada (objetivo que sólo pudo cumplir parcialmente) y, luego que en la Concertación gobernante se hubiera producido una especie de blanco o un vacío o una ausencia de figuras líderes por el excesivo personalismo presidencial, Bachelet llegó a ocupar su cargo más decisivo, fundacional y mediático: ministra de Defensa. Más allá de la simpatía y hasta el

fervor popular que consiguen ciertas innovaciones, su nombramiento abrió el espacio para una compleja e intrincada ambigüedad.

El Ministerio de Defensa no podía ser aislado de la imagen de Pinochet. No se trataba sólo de una mujer al frente de las Fuerzas Armadas o, dicho de otra manera, sobre las Fuerzas Armadas, sino que había que considerar también un contexto histórico y social en donde las Fuerzas Armadas habían sido asimiladas al terrorismo de estado que causó el drama social más profundo del siglo XX. Entonces, el nombramiento de Bachelet podía ser entendido como una manera de romper o perforar las mismas Fuerzas Armadas al feminizarlas (humillarlas o doblegarlas, se podría decir) cuando quedaron bajo el mando de una mujer.

Pero, en otra versión, también era notorio que se trataba de una mujer con una historia particular, una mujer-hija de un general de aviación muerto como efecto de las torturas recibidas en el interior de su propio grupo de pertenencia. Y, en ese sentido, la llegada de esta hija venía a marcar la forma más concreta de un llamado insistente a lo largo de los años de la transición: la reconciliación de todos los chilenos. Una reconciliación que no pudo cursarse porque, en una de sus partes, el perdón que se solicitaba estaba rodeado de una ostensible demanda por la impunidad jurídica. De esa manera, Bachelet se transformaba en un ejemplo vivo de ese imperativo y se cumplía también otra de las premisas recurrentes de los discursos públicos: “Hay que mirar hacia adelante”. En contraste con los familiares de detenidos desaparecidos, agrupación formada mayoritariamente por mujeres que buscaban (sin tregua) la reparación en torno a un pasado, Bachelet, al encabezar las Fuerzas Armadas parecía encarnar otra perspectiva: la biografía (la memoria) como abstracción y leyenda social mientras su cuerpo activo se internaba por los laberintos más agudos de un presente que no lograba pacificar sus signos.

Otra de las lecturas posibles era que su nombramiento iba a beneficiar, en último término, a las Fuerzas Armadas puesto que Bachelet podía entenderse como la “hija pródiga” que volvía a su lugar de origen y, con su vuelta, limpiaba la imagen de las propias Fuerzas Armadas muy contaminadas por las marcas destructivas e ilegítimas que habían ejercido sus altas autoridades a lo largo de 17 años de dictadura. Se trataba, entonces, de una reconciliación que se iba a producir en el interior de las mismas Fuerzas Armadas, pues también ellas podían ser entendidas como las ovejas descarriadas que volvían a su institución (institucionalidad) para insertarse en el nuevo escenario abierto por la transición democrática.

Sin embargo, Michelle Bachelet antes, durante la década de los noventa, se había especializado en materias militares, tomando cursos sobre estrategias militares en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, ANEPE, donde obtuvo el primer lugar y una beca de honor para realizar cursos sobre defensa continental en El Colegio Interamericano de Defensa en Washington junto a 35 militares. De esa manera, ella no sólo portaba un haz de significaciones políticas sino que, además, se había transformado en una especialista en el campo que iba a comandar. Portaba un caudal de experiencias directas en torno al funcionamiento de los poderes militares, pero —y esto es lo que me parece fundamental— había adquirido saberes específicos que la validaban conceptualmente para ocupar el cargo que, en definitiva, la iba a conducir más adelante a la presidencia de la República.

En otro registro, la política como praxis iba experimentando un progresivo deterioro en los imaginarios públicos que veían a los políticos como signos inoperantes y guiados por un afán de enriquecimiento o bien de mera figuración social. De hecho, la posibilidad de una democracia inclusiva estaba en crisis puesto que más de 80% de los jóvenes no participaban (ni participan) del sistema electoral. Sin embargo, un político escapaba de este escrutinio público: el presidente Lagos, cuya imagen crecía y se amplificaba notablemente en las encuestas públicas. Tanto y a tal punto que no había “hombre que le hiciera sombra” y eso fue tan literal que sólo consiguieron perfilarse como presidenciables dos mujeres: Michelle Bachelet, socialista y Soledad Alvear, demócrata cristiana. Se había producido una vuelta de tuerca inesperada y hasta increíble; las mujeres eran las únicas que conseguían adhesión por parte de una ciudadanía que oscilaba estrechamente entre el proyecto centrista de la Concertación y la derecha que esperaba por fin apoderarse de lo único que le faltaba: el poder político.

Desde luego, si se piensa más finamente, lo que estaba sucediendo era que este escenario inesperado parecía el más confiable para cautivar a un electorado ya cansado o desencantado de la Concertación. La novedad volvía a imponerse con el fin de despertar debates y pasiones que habían caído en el olvido. Las dos mujeres eran las últimas cartas que esgrimía el poder masculino del conglomerado para continuar ejerciendo el control sobre los espacios públicos.

Más aún, resultaba del todo interesante poner a dos mujeres frente a frente en la disputa por el poder, aunque, claro, la opción de Soledad Alvear estaba condenada de antemano porque la popularidad de Bachelet ya era completamente imbatible.

La campaña presidencial de Michelle Bachelet tuvo como uno de sus ejes la reformulación del sistema de pensiones. Era ahí donde su gobierno se proponía el cambio de una estructura que inevitablemente iba a conducir al colapso a miles cuando no a millones de ciudadanos. Mostró también una propuesta “basista”, formulando el protagonismo de la ciudadanía en la toma de decisiones. Pero, hacia el final de su campaña, dio un ostensible giro cuando empezó a profundizar un discurso sobre la mujer, no desde el punto de vista del mero asistencialismo social, sino denunciando abiertamente una segregación histórica que ella se proponía modificar.

En ese sentido, se produjo una inflexión en el discurso público de Bachelet. Nunca antes ella había manifestado compartir lo que se podría denominar como una posición feminista. Quizás, por esa razón, su vuelco a lo medular del tema de género —la desigualdad en todas y cada una de las esferas sociales— fue entendida en algunos sectores como una manera de afianzar o capturar electoras en el segmento más renuente al voto progresista: las mujeres.

A lo largo de su campaña —manejada enteramente por hombres connotados de los partidos de la coalición— las voces de la derecha insistían en que Bachelet no tenía “capacidad de mando” y, en forma lateral, se insinuaba que ella no había sido capaz de conservar una familia tradicional (eso no podía decirse frontalmente puesto que en Chile la mayoría de los hijos nacen fuera del matrimonio). Por ese motivo, los candidatos de la derecha insistían en mostrar incesantemente sus propias familias como trofeos. Y, desde luego, las referencias previsibles respecto a su apariencia física, mediante bromas y sarcasmos recurrentes sobre su peso, como también la investigación pormenorizada de su vida sentimental.

La izquierda formada por el Partido Comunista, el Partido Humanista y los sectores críticos a la Concertación se centraban en la cuestión del modelo económico neoliberal y su estela aberrante de desigualdad. La exclusión social y su remanente de violencia eran los temas en que se organizaban sus discursos. Para ellos, Bachelet sólo representaba la continuidad del modelo y, en último término, no había diferencia significativa entre el proyecto Concertación y el proyecto derecha.

El día en que fue elegida Michelle Bachelet como presidenta de Chile, una multitud de mujeres se volcó a las calles a celebrar su triunfo, el de ellas, el de las mujeres; lo hicieron usando simbólicamente una banda presidencial. Bachelet no las defraudó. En su primer discurso público, de cara a sus electores y a los medios de comunicación, enfatizó su condición de mujer y reiteró su promesa de un gabinete paritario. Y cumplió.

Durante el primer año del ejercicio de sus funciones, a mi juicio, Michelle Bachelet ya forma parte de la historia política de los movimientos de mujeres por su decisión paritaria.

Y esta crucial decisión (que ella no tenía ninguna obligación de adoptar) obedece, desde mi punto de vista, no sólo a conceptualizaciones de orden político sino, especialmente, al conjunto de sus propias experiencias y tránsitos que fueron forjando en ella una mirada lúcida, pero también fría y analítica. Me refiero a cada una de las situaciones que, con absoluta seguridad, Michelle Bachelet experimentaba en carne propia: la tradicional discriminación de la mujer en las esferas pública y privada. Mi hipótesis es que Bachelet, por su comprensión de los códigos, pudo habitar (soportar) esos lugares, pero cuando fue elegida presidenta de la República su gran gesto y su gran gesta fue escenificar lo que ha sido históricamente la gran demanda de un sector del feminismo: la igualdad de género.

Su gabinete paritario tiene un referente o antecedente en el gobierno español de Rodríguez Zapatero. Sin embargo, la realización de esa operación política en Chile es completamente radical. Culturalmente, Chile, como muchos otros países, está estructurado bajo los signos convencionales de un machismo sin muros de contención. Y hay que considerar muy detenidamente que el gabinete paritario, como también los cargos de importancia dentro del estado, implicaron el desalojo virtual de un número considerable de hombres que han debido ceder, también virtualmente, su espacio a las mujeres. Entonces, la decisión de Bachelet genera una tensión política en el interior de su propia coalición porque, por una vez en la historia, asciende o trasciende un grupo relegado, pero ese ascenso implica, desde luego, rencores que más adelante seguramente serán visibles en los repartos del porvenir.

Efectivamente, el gobierno de Michelle Bachelet no se propuso modificar la estructura del sistema económico neoliberal. Y, en la medida en que no se modifique, la desigualdad continúa gravitando como el mayor problema político y social chileno. El programa económico que ha fortalecido la Concertación (heredado de la dictadura de Pinochet) parece inamovible, a pesar de los costos internos que ocasiona. Y esa es una deuda que se acumula generando en el presente cuotas de violencia y huellas visibles de resentimiento.

Ese territorio, el de la economía, no ha tenido innovación y eso hay que leerlo en el marco de acuerdos que fueron cuidadosamente diseñados. No obstante esta severa limitación, Bachelet ha mantenido una actitud intran-

sable (hasta ahora) en los temas valóricos. La decisión del Ministerio de Salud de entregar la llamada “píldora del día después”, de manera gratuita en los consultorios a toda mujer mayor de 14 años sin aviso a los familiares de las menores de edad, le ha generado problemas no sólo con la derecha política, sino especialmente con la poderosa e influyente iglesia católica chilena. Sin duda, para ellos, Bachelet representa todo aquello que el catolicismo más ensimismado combate: mujer-presidenta, separada, laica, socialista, con formación marxista. Por otra parte, esta disputa no resulta simple dado que esta institución es uno de los poderes fácticos centrales. Hay que considerar los mensajes de los obispos y del mismo cardenal insistiendo en la preservación de la vida y su rechazo a la píldora y a cualquier medida estatal que afecte la preeminencia de la familia tradicional. Y, desde luego, una estricta prohibición de la sexualidad juvenil.

Por supuesto, este primer año ha estado rodeado de múltiples y agitados hitos, la oposición e incluso algunas voces de la misma Concertación hablan de manera permanente de un “desorden” en el ejecutivo, enfatizando así esa supuesta incapacidad de mando con la que se pretende desprestigiar a Michelle Bachelet. El reclamo social más definitivo que ha tenido que enfrentar fue la huelga nacional de los estudiantes secundarios conocida como: “la revolución de los pingüinos” reclamando por la desigualdad en la educación y que generó simpatías y adhesión entre la ciudadanía, obligando a Bachelet a entregar respuestas a partes de sus peticiones.

Y, por supuesto, hay que considerar la muerte de Pinochet. Que haya muerto exactamente cuando transcurrían meses desde que Michelle Bachelet asumía sus funciones: la primera presidenta de Chile, la hija de un general muerto en prisión, la misma presidenta que ha tenido, durante este tiempo, un diálogo permanente con las asociaciones de derechos humanos y la agrupación de familiares de desaparecidos. Desde luego, Pinochet se murió por una serie de enfermedades que lo asolaban, pero, también, en un relato alejado, apelando a otra narrativa, se podría asegurar que se murió de espanto ante la cristalización de un escenario inédito que su jerárquico régimen de terror jamás fue capaz de presagiar ●